

El buen nombre, Jhumpa Lahiri

(traducción del inglés de Juanjo Estrella)

(Salamandra, 2021)

En cuanto al nombre, han decidido que se lo ponga la abuela de Ashima, que tiene más de ochenta años y ha escogido el nombre de sus otros seis biznietos. Cuando se enteró del embarazo de Ashima, se alegró mucho ante la idea de buscar un nombre para el primer *sahib* de la familia. Así que tanto ella como su marido han decidido esperar hasta que llegue la carta, ignorando los impresos del hospital para la solicitud del certificado de nacimiento. La abuela de Ashima ha ido personalmente a la oficina de correos, apoyándose en su bastón, para enviarla. Es la primera vez que sale en diez años. En el sobre van un nombre de niña y otro de niño. Y no se los ha revelado a nadie.

Aunque los envió hace un mes, en julio, todavía no ha llegado. Ashima y Ashoke no están especialmente preocupados. Los dos saben que, en el fondo, a un recién nacido no le hace falta tener nombre. Le hace falta que lo alimenten, que lo bendigan, que le regalen algo de oro y de plata, que le den palmaditas en la espalda después de las tomas, que lo sostengan con cuidado por el cuello. Los nombres pueden esperar. En la India, los padres se dan su tiempo. No es raro que tarden años en dar con el nombre adecuado, con el mejor. Los dos pueden citar ejemplos de primos a los que no se puso un nombre oficial hasta que empezaron a ir al colegio, a los seis o siete años. Los Nandi y el doctor Gupta lo entienden perfectamente. Están de acuerdo, por supuesto, en que deben esperar a que llegue la carta de la abuela.

Además, está siempre el apodo cariñoso, práctica bengalí que garantiza que toda persona tenga dos nombres. En bengalí, apodo es *daknam*, que significa, literalmente, el nombre con el que los familiares y amigos llaman a alguien, en casa y en momentos privados, íntimos. Los apodos cariñosos son vestigios de la infancia que perdura, recordatorios de que la vida no es siempre tan seria, tan formal, tan complicada..., como lo son también de que las personas no son lo mismo para todos. Todo el mundo tiene un apodo. El de Ashima es "Monu", el de Ashoke es "Mithu" y,

aunque sean adultos, son esos los nombres por los que sus respectivas familias los llaman, los nombres con los que los adoran, los riñen, los echan de menos, los aman.

A todo apodo le corresponde un nombre oficial, un *bhalonam*, que identifica a la persona en el mundo exterior. Así, los nombres oficiales figuran en los sobres, en los certificados de estudios, en los listines telefónicos y en otros documentos públicos. (Por eso, en las cartas que le mande su madre, pone "Ashima" fuera y "Monu" dentro). Los nombres oficiales tienden a revestirse de dignidad. Ashima significa "la ilimitada, la que carece de confines". Ashoke, que es el nombre de un emperador, significa "el que trasciende la pena". Los apodos cariñosos no aspiran a tanto y nunca se registran oficialmente; se pronuncian y se recuerdan, eso es todo. A diferencia de los nombres oficiales, suelen carecer de significado o son deliberadamente tontos, irónicos, incluso onomatopéyicos. Es habitual que, durante la infancia, a un niño lo llamen por infinidad de apodos, hasta que uno de ellos cuaja y se impone sobre los demás.

(pp. 42-43)

La idea de cambiarse el nombre se le ocurrió por primera vez hace unos meses. Estaba sentado en la sala de espera del dentista, hojeando el *Reader's Digest*. De pronto, se encontró por casualidad un artículo que le llamó la atención. Se titulaba "Segundos bautismos" y se iniciaba con el siguiente encabezado: "¿Es usted capaz de identificar a los siguientes personajes célebres?" A continuación, aparecía una lista de nombres y, en la parte inferior de la página, bocabajo, las celebridades a las que aquellos nombres correspondían. El único que acertó fue el de Robert Zimmerman, que era el verdadero nombre de Bob Dylan. No tenía ni idea de que a Molière lo hubieran bautizado como Jean-BaptistePoquelin, ni que Trotski se llamara en realidad Lev DavidovichBronstein. Tampoco sabía que Gerald Ford se llamaba Leslie Lynch King, Jr., ni que el nombre de EngelbertHumperdinck era Arnold George Dorsey. El artículo informaba de que todos ellos se habían cambiado el nombre y añadía que ese era un derecho que tenía todo ciudadano de Estados Unidos. Leyó que, cada año, cientos de miles de estadounidenses se cambiaban el nombre. Según aquel artículo, lo único que había que hacer era una solicitud legal. Y de pronto

imaginó que a aquella lista se añadía "Gógol" y que en letras muy pequeñas, bocarriba, podía leerse "Nikhil".

Aquella noche, mientras cenaba con sus padres, sacó el tema. Una cosa era que Gógol fuera el nombre escrito a mano en el título de bachiller o impreso en el anuario de instituto. Incluso admitía que figurara en la solicitud de ingreso en una universidad de la Ivy League, además de en las de Standford y Berkeley. Pero tener que verlo impreso cuatro años después, en el título de la licenciatura de Letras, no le parecía bien. O escrito en la parte superior de un currículum, o grabado en una tarjeta de visita. Lo que él quería era que en todos esos sitios figurara el nombre que sus padres habían escogido, el nombre de verdad por el que habían optado cuanto tenía cinco años.

-Lo hecho, hecho está -le dijo su padre-. Si no, va a ser muy complicado. El caso es que Gógol se ha convertido en tu nombre a todos los efectos.

-Ahora ya es demasiado difícil -opinó su madre-. Ya eres muy mayor.

-No lo soy -insistió-. Es que no lo entiendo. ¿Por qué tuvisteis que ponerme un apodo? ¿Qué sentido tiene?

-Nosotros lo hacemos así, Gógol -sostuvo su madre-. Es una costumbre bengalí.

-Pero si ni siquiera es un nombre bengalí.

Les dijo a sus padres que, en clase del señor Lawson, había aprendido que Gógol había sido tremendamente desgraciado y un desequilibrado mental, y que se había dejado morir de hambre.

-¿Sabíais vosotros todas esas cosas cuando me pusisteis ese apodo?

-Te has olvidado de mencionar que también era un genio -dijo su padre.

-No lo entiendo. ¿Cómo fuisteis capaces de ponerme el nombre de una persona tan rara? Nadie me toma en serio.

-¿Quién? ¿Quién no te toma en serio? -le preguntó Ashoke apuntándolo con el dedo.

-La gente -respondió, mintiendo a sus padres. Porque Ashoke tenía razón: la única persona que no se tomaba en serio a Gógol, la única que lo atormentaba, la única que pensaba siempre en su nombre y se avergonzaba

de él constantemente, la única que lo cuestionaba y deseaba que fuera otro, era él mismo, el propio Gógol.

Pero siguió insistiendo, les dijo que deberían preferir que su nombre oficial fuera bengalí y no ruso.

-No lo sé, Gógol. De verdad, no sé qué decirte -manifestó su madre en tono vacilante y negando con la cabeza. Se levantó y empezó a recoger la mesa.

Sonia se escabulló como pudo y se fue a su habitación. Gógol se quedó a solas con su padre. Ahí sentados, oían a Ashima, que fregaba los platos. El agua se colaba por el fregadero.

-Pues entonces cámbiatelo -le dijo Ashoke al cabo de un rato, en voz baja y serena.

- ¿En serio?

-En Estados Unidos todo es posible. Haz lo que quieras.

Así que fue al gobierno de Massachusetts a buscar el impreso de solicitud de cambio de nombre, al que debía adjuntar una copia compulsada de su certificado de nacimiento y la conformidad del Tribunal de Testamentarías y Familia de Middlesex. Se lo dio a firmar a su padre, que lo firmó sin apenas leerlo, con la misma resignación con que firmaba los cheques o los recibos de las tarjetas de crédito, con las cejas algo arqueadas por encima de las gafas, calculando mentalmente el gasto.

(pp. 137-140)